

CONTENIDO

| | |
|--|----|
| <i>Prólogo. Pertenencia o exilio, dos sendas enfrentadas</i> | 13 |
|--|----|

Primera parte LOS EQUÍVOCOS ORIGINARIOS

| | |
|--|----|
| <i>Iluminación primera. El equívoco originario que nos legó Aristóteles</i> | 31 |
| <i>Iluminación segunda. El equívoco originario que nos viene de Hispania</i> | 49 |

Segunda parte EL NACIONALISMO EN ALEMANIA, FRANCIA Y ESPAÑA

| | |
|---|-----|
| <i>Iluminación tercera. El Romanticismo, cuna del nacionalismo alemán</i> | 65 |
| <i>Iluminación cuarta. El imposible nacionalismo ilustrado francés</i> | 85 |
| <i>Iluminación quinta. El tradicionalismo del nacionalismo español</i> | 107 |

Tercera parte LA ALTERNATIVA, DE ARISTÓTELES A ABRAHAM

| | |
|--|-----|
| <i>Iluminación sexta. La diáspora como modelo político</i> | 131 |
| <i>Epílogo. Cuando el nacionalismo llega a su fin</i> | 179 |
| <i>Índice de nombres</i> | 199 |
| <i>Índice general</i> | 203 |

Prólogo

PERTENENCIA O EXILIO, DOS SENDAS ENFRENTADAS

El relato bíblico de la Torre de Babel cuenta el momento en el que una humanidad desorientada decide, desoyendo el mandato divino de poblar la tierra, construir en la vega de Sanaar una ciudad con una torre tan gigantesca que hiciera a sus constructores de por siempre memorables. El proyecto fracasó porque Yahvé vio en ello un desafío intolerable de la creatura a su Creador. Como ya había prometido no provocar un nuevo diluvio para doblegar al hombre, lo que hizo fue disolver la única lengua que todos hablaban en una pluralidad de hablas que impidió toda comunicación.

Se ha solido interpretar este relato como una nueva expulsión del paraíso. Ahora como entonces el hombre pierde porque quiere ser como Dios, dándose a entender que la ciudad de la torre era el edén, y la expulsión o dispersión, el castigo. Los hay, como Peter Sloterdijk, que tachan la reacción de Yahvé de sádica, propia de un dios celoso que no permite que el hombre se entienda y despliegue su poder.

Pero el relato admite otra lectura, como bien dice George Steiner, alguien que se conoce al dedillo cada rincón de la ciudad de la gran torre. No es esta la historia de un fracaso, dice, sino la expresión de «un regalo y una bendición incalculable». Si bien se mira, lo que a Yahvé le resulta intolerable es que la humanidad se recluyera en una ciudad en lugar de hacerse cargo de toda la tierra y, sobre todo, que fuera «de un mismo lenguaje

e idénticas palabras». Steiner pone su atención en la sustitución del monolingüismo imperante por una pluralidad de lenguas que inaugura un tiempo realmente humano. Se nos manda el mensaje de que la humanidad del ser humano tiene que ver con pluralidad de lenguas y ocupación de la tierra en su conjunto. Babel instaaura, en efecto, la «polifonía de la diversidad» de lenguas y pueblos, con un añadido que se suele pasar por alto, a saber, que «Yahvé les desperdigó por toda la faz de la tierra y dejaron de edificar la ciudad». De la ciudad al campo abierto; del territorio a las afueras; del impulso totalitario al riesgo de la diversidad. De la tierra de Babel a la universalidad de la diferencia.

En el relato bíblico se dibujan dos concepciones bien diferentes de la humanidad del hombre: una, monolítica, que se refugia en la ciudad y se alimenta de un solo lenguaje; otra que parte de la diversidad y se pone en camino hacia los cuatro puntos cardinales. Dos modelos civilizatorios: uno, caracterizado por la *polis* y la pertenencia; el otro, por el vasto mundo y la diáspora.

En un momento en el que las instituciones del primer modelo se sienten incapaces de afrontar los nuevos retos, bueno es volver sobre aquel momento fundacional de la humanidad para reemprender la ruta que nos saca de casa y nos pone en camino, invitándonos a ocupar la tierra. Frente al monolingüismo cultural o el nacionalismo político, la universalidad de la diferencia.

Este libro quiere señalar el horizonte que se abre a la humanidad cuando abandona la ciudad, hecha de «ladrillos y betún», y se pone en camino a lo largo y ancho de la tierra. Las páginas que siguen quieren mostrar que esa diáspora, considerada por los hacedores de la historia como una maldición, puede ser ahora la inspiración del modelo alternativo que necesita la humanidad.

1. *El triunfo de la ciudad*

La humanidad, empero, no aprendió la lección y siguió reuniéndose en espacios cerrados. Pese al aviso de Babel, la historia es

testigo del éxito del primer modelo que ha alumbrado figuras tan potentes como el Estado, la nación o la patria, y del olvido del segundo que plantea la universalidad desde la diversidad. Solo una minoría aprendió la lección y se puso en camino.

Buena prueba de ello es lo que ha ocurrido con la Europa moderna, de la que somos deudores. Cuando allá por el Siglo de las Luces esboza un modo de existencia, celebrado como adulto porque al estar regido por la razón, se sacudía tutelas milenarias, todo el mundo pensaba que por fin iban a derrumbarse las murallas, si no al son de las trompetas de Jericó, sí por el vigor de principios tan universales como *liberté, égalité et fraternité*. No se descartaban turbulencias, pero estas tomaban forma de resistencia de la ignorancia frente al saber, de los prejuicios frente a la razón, de la religión frente a la ciencia.

Nadie imaginaba lo que a la postre sucedió: que el tema de nuestro tiempo iba a ser el del nacionalismo. No parecía que ese movimiento pudiera aparecer en una agenda filosófica tan cargada de vocación universalista. La razón ilustrada derribaba fronteras políticas, éticas y epistémicas, todo lo contrario del nacionalismo cuya querencia centrípeta ponía el acento en lo particular y en lo diferente. Con razón dice Isaiah Berlin que ni las filosofías ni las teologías políticas modernas se esperaban un convidado como este al que nadie había invitado.

Pero ahí está cubriendo, como la sombra del padre de Kafka, todo el mapamundi. El nacionalismo ha ocupado buena parte del siglo XIX, del siglo XX y ahí sigue en pleno siglo XXI. Cuando los expertos se preguntan cómo ha podido colarse en la agenda de nuestro tiempo, aparecen causas de mucho peso. Y es que el Siglo de las Luces tenía sus sombras. Descuidó, como bien nos recuerda el Romanticismo, el valor de los sentimientos y la necesidad de tener una casa o comunidad de acogida. Luego hay que contar con todos los sectores sociales que perdieron cuando ganó la Revolución francesa: los pueblos sometidos por el imperio napoleónico, las iglesias que perdieron su sitio en una sociedad secularizada, sin olvidar el dinero en manos de una nobleza herida pero no muerta. El nacionalismo desde entonces se lleva bien con la religión. Prueba de ello es el lema esculpido en

la fachada del Monasterio de Montserrat —«Catalunya será cristiana o no será»— una ocurrencia del obispo José Tomas y Bages, ideólogo del nacionalismo catalán. Y si alguien piensa que esa entente solo se da entre eclesiásticos y nacionalistas conservadores, ahí están las obras y proyectos a cuatro manos —las de un líder independentista, Oriol Junqueras, más la de un benedictino de Montserrat, Hilari Raguer— buscando afinidades.

Complicidad también con el dinero. Sin tener que recurrir a Marx, que hacía depender la política de las estructuras económicas y consideraba al Estado una institución al servicio de la clase capitalista, basta ojear a un contemporáneo, Thomas Piketty, el autor de *Capital e ideología*. Al economista francés le resulta «extremadamente chocante comprobar que el nacionalismo catalán es mucho más acusado entre categorías sociales más favorecidas que entre las más modestas». Los separatismos prosperan allí donde hay mayor riqueza y poca voluntad solidaria con las regiones más pobres del entorno en el que se encuentran. Ocurrió en la Padania italiana y ocurre en la Cataluña española. Como siempre pasa, los beneficios se los llevarán unos pocos, pero para ganar la voluntad de los ciudadanos concernidos, habrá que presentar el plan patriótico como una ganancia de todos. Esta doble deriva —ganancias de unos pocos y promesas para todos— pone en aprietos a los nacionalistas de izquierdas cuando alguien les pide números porque las cuentas no salen. Memorable en ese sentido fue un debate televisivo entre Josep Borrell, autor de *Las cuentas y los cuentos de la independencia*, y el entonces *conseller* de Economía, Oriol Junqueras, que el agudo crítico televisivo, Ferrán Monnegal, resumía así en *El Periódico de Catalunya*: «Junqueras se emocionaba dibujando con humo un paraíso [...] Borrell enumeraba las trampas y Junqueras contestaba con el entusiasmo de un mesías... Que los números no cuadraran ni por aproximación, no tenía importancia alguna».

Lo que estas breves referencias ponen de manifiesto es que el nacionalismo, aunque no estaba en la agenda de los intelectuales de la modernidad, contaba con público y poderes. Es, efectivamente, un tema de nuestro tiempo.

El nacionalismo no solo fue, contra todo pronóstico, la figura más potente que dejó tras de sí la Revolución francesa, sino que no ha cesado de crecer. Fue protagonista de las dos guerras mundiales del siglo XX y lo sigue siendo en la era de la globalización que aparece tras el final de la Guerra Fría. Las modalidades actuales del nacionalismo son muy diversas: los hay que vienen impulsados por el Romanticismo del siglo XIX, como el vasco o el catalán; los hay que son reacciones xenófobas al fenómeno de la migración, como los que protagonizan los partidos de extrema derecha en los países más ricos; los hay, como los yihadistas, que son expresiones ideológicas de experiencias de miseria y de humillación... Y los hay que, como el nacionalismo español, cabalgan desde hace siglos a lomos de mitos imposibles.

Lo que, más allá de las diferencias, tienen en común es fundir la afirmación del grupo propio con la negación del ajeno. El nacionalista independentista catalán afirma su idea de nación, excluyendo y excluyéndose del ser español; el nacionalista lepenista se afirma como francés negando al emigrante el derecho al trabajo o a habitar en su barrio.

Señal de la gravedad del momento es que se ha roto el equilibrio secular entre el afán expansivo de la economía y el reforzamiento de las fronteras nacionales. La globalización de la economía es tan invasiva que vacía de contenido a los países invadidos con el resultado conocido de una emigración que crece exponencialmente. No hay muros infranqueables para los que huyen del hambre o de la guerra. La respuesta nacionalista de los países más ricos no tiene ya el poder disuasorio que tuvo en otro momento. Si se considera la migración, como dice Giorgio Agamben, el mayor problema político del futuro es porque ese movimiento revienta las costuras del Estado. Hasta ahora se pensaba que las fronteras podían regular los flujos y, de esa manera, integrarlos en cada Estado. Es lo que siempre han hecho los países con sus emigrantes o con los exiliados que les llegaban. Eso ya no vale o vale cada vez menos porque los bárbaros de las fronteras pueden derribarlas. No hay modalidad de nacionalismo que pueda hacerles frente.

2. *El problema del nacionalismo es la Nación, el Estado, la Patria*

El problema del nacionalismo ya no es la independencia, es decir, separarse de un Estado, sino el sentido del Estado. Cuando se dice que el nacionalismo va contra la historia, no se está diciendo que vaya en contra de lo que hasta ahora han hecho todos los pueblos que han podido, sino que eso ya no va a ninguna parte. Hay que integrar el sentido de los nacionalismos periféricos o subestatales en el del Estado. Tan discutible es el nacionalismo catalán como el español o el francés.

Ahora bien, sacar el debate nacionalista del confort que supone enfrentar la seriedad del Estado con el aventurerismo de los nacionalismos sin Estado da vértigo. El problema que tiene Barcelona lo tiene Madrid; y el que tiene Glasgow lo tiene Londres. Y, sin embargo, hay que hacerlo por dos razones: porque el Estado hace aguas y, también, porque lleva siglos dando una versión de sí mismo que conviene revisar.

La Primera parte de este libro trata de situar el debate sobre el nacionalismo en ese contexto amplio donde determinados tópicos se elevan a la categoría de tesis filosóficas o históricas que circulan como oro de ley y son, sin embargo, oropel. Me voy a fijar en dos de ellas que considero definitivas para poder valorar el alcance del nacionalismo, en general, y del español, en particular.

La primera, filosófica, se remonta a Aristóteles y llega hasta nosotros. Fue Aristóteles, en efecto, quien de una manera solemne decretó que uno es ser humano en la medida en que pertenece a una *polis*, de suerte que quien careciera de ella, el *a-polis*, no es que fuera un apátrida, sino que no podía ser humano. Esta idea plantea una identificación entre humanismo y nacionalismo que merece ser discutida. No se trata de un mero debate ideológico que verse, por ejemplo, sobre si los apátridas pertenecen o no a la especie humana, sino de un asunto práctico y vital, pues esa idea ha vertebrado la convivencia entre los seres humanos a lo largo de los siglos. El nacionalismo no es solo la afirmación de la nación o de la *polis*, sino, sobre

todo, la pretensión de remitir el humanismo a la pertenencia, la creencia de que fuera de la comunidad a la que uno pertenece no hay vida humana posible. La fuerza que empuja a los pueblos hacia el independentismo o el separatismo no es solo el deseo de tener un Estado propio. Tras esa motivación explícita late otra, más soterrada, que es la que propicia el sacrificio voluntario de los individuos por su patria como forma de alcanzar la felicidad. Horacio, en su célebre verso *dulce et decorum est pro patria mori*, se refiere a esa motivación profunda de los individuos en términos de felicidad (*dulce et decorum*), mientras que Platón y Aristóteles lo hacen en los de humanidad. Si la felicidad o la humanidad está en la patria, nada sorprendente que por ella se esté dispuesto a morir y a matar.

Esta convicción de la bondad del Estado está tan arraigada que nos parece natural. Nos parece tan natural, eso sí, cuando contemplamos Estados ya conformados, pero antinatural cuando se refiere a pueblos que tratan de conseguirlo. Ahora bien, tan animado del espíritu nacionalista está el patriota de un Estado como el separatista que se plantea conseguirlo. Por eso, si queremos penetrar en su naturaleza, hay que privilegiar el punto de vista de la pertenencia, es decir, revisar ese tópico tan asentado de que solo somos algo o alguien en la medida en que pertenecemos a una tribu, comunidad, Estado o Nación. El problema del nacionalismo no es el separatismo, sino el juntismo.

La segunda tesis que analizaremos tiene que ver con la forma española de entender la identidad. No se puede desligar lo que pasa en el País Vasco o Cataluña con lo que ocurrió en el siglo XV con los Reyes Católicos. Entonces se consumó una historia y empezó otra. La clave está en el sepulcro de Isabel y Fernando en la catedral de Granada. Se los eleva a símbolo del español porque fueron *prostratores* y *extintores* de las perversas herejías, es decir, son símbolos nacionales porque humillaron y extinguieron a judíos y moriscos. Lo importante de la inscripción no es solo señalar el triunfo de una creencia sobre otras, sino identificar la identidad española. El sentido de la inscripción no era tanto afirmar la superioridad de su creencia sobre las otras cuanto dejar constancia de que el ser español se juega

en esa identificación con lo cristiano. La consecuencia política es hacer del judío o del moro no solo creyentes de religiones falsas, sino extranjeros y, por tanto, usurpadores. El español cabal será el cristiano sin una gota de sangre impura, es decir, el que limpiará el país y a sí mismo de toda impureza étnica. Eso sigue vigente. Hay mucho de cristiano viejo en el nacionalista catalán o vasco, además de en el español de toda la vida. Tras esa historia hay un subsuelo identitario que nos soporta. Américo Castro lo llama *theobiosis*, que es la modalidad hispana de la teocracia. Una y otra son expresiones de la teología política, una figura teórica que tan importante ha sido a la hora de conformar la política en Occidente. Hay, sin embargo, una diferencia capital entre la teología política española y la europea: una y otra buscan el entendimiento teórico y práctico entre religión y política, pero lo entienden de manera distinta. Para la *theobiosis* esa alianza es un matrimonio indisoluble entre ser español y ser cristiano; para la teocracia, la alianza es un matrimonio de conveniencia, un negocio entre diferentes. No se puede entender el nacionalismo español, en cualquiera de sus versiones, sin tener en cuenta el tipo de teología política subyacente.

La Segunda parte se adentrará en los nacionalismos modernos, inspirados en el Romanticismo. Si la parte anterior se interesaba por tópicos antiguos que no afloran a la superficie, esta lo hace por las circunstancias que explican en buena parte las características de los nacionalismos que llegan hasta nosotros. Después de recordar su contexto romántico, abordamos el nacionalismo alemán, el de los Herder y Fichte, que sirven de inspiración a otros muchos. También el nacionalismo de Renan cuyo escrito *La Nation* sigue siendo de lectura obligada. Es un grandioso y fallido intento de pensar un nacionalismo ilustrado, distinto al étnico alemán. Al final hubo nacionalismo en Francia, pero tan étnico como el alemán. Finalmente, el nacionalismo español de corte tradicionalista, protagonizado por el carlismo que, al perder la guerra contra el Estado, dio vida a los nacionalismos vasco y catalán, pero también dejó su huella en el estatal. Tras ese nacionalismo actúan los impulsos de la *theobiosis*.